

## ASCENSIÓN AL CHIMBORAZO – TESTIMONIO DE JUAN JOSÉ CABEDO TORRES

“Los sueños se cumplen, si uno vive lo suficiente”, dijo un escritor, cuyo nombre no recuerdo. Uno de mis sueños es ascender montañas, y se está cumpliendo. Estoy agradecido por ello.

¿Qué busca una persona que sube a un lugar donde sólo hay rocas y hielo? La respuesta sólo puede darla quien haya subido y, al bajar, una parte de él siga trepando por la arista de roca o salvando la grieta del glaciar. Si me hacen a mí la pregunta, sólo les responderé que en la montaña ocurren cosas que no pasan en el sofá de mi casa.

He viajado a Ecuador en dos ocasiones. La primera vez fue en las Navidades de 2012. En esa estancia Jaime Vargas y yo ascendimos la arista de Illinizas Norte y el Cotopaxi. Mi segunda visita data de las Navidades de 2013. En esta ocasión las montañas ascendidas han sido Illinizas Sur, Cayambe y Chimborazo.

Jaime Vargas y yo iniciamos la ascensión al Chimborazo a mediodía. El plan era hacer noche en el Castillo y desde allí atacar la cumbre por la arista. Cargados con bastante material, iniciamos la subida por un terreno bastante roto, especialmente al final, justo antes de llegar a la zona de acampada. Tras montar las tiendas y comer algo, dormimos un rato. Convinimos en salir a las 00.00. No es buena idea ir con prisas en la montaña, y conviene disponer de tiempo suficiente para poder solventar los imprevistos.

No es fácil conciliar el sueño a más de 5.000 metros de altura, así que hicimos lo que pudimos. Tras el desayuno, iniciamos la ascensión por la arista. Caminar de noche con una luz frontal es algo que sigue estremeciéndome, a pesar de que es algo que hago habitualmente.

Al llegar al glaciar la arista gana verticalidad y subimos clavando la punta de los crampones. Vamos ganando altura despacio, sobre un hielo viejo y duro. Hace tiempo que no nieva en la montaña, dos años, me dice Jaime. Con las primeras luces llegamos a la falsa cima. Hasta cinco tiene la montaña. Desde allí la ruta se suaviza para elevarse de nuevo hacia la cima más alta. Ahora caminamos entre los penitentes que ha formado en el hielo la ceniza volcánica que el viento ha arrastrado desde el Tungurahua, un volcán que domina la ciudad de Baños, la ciudad de Jaime. Llegamos a la cima justo antes de que salga el sol. He estado en esta misma situación bastantes veces, pero siempre parece la primera. La sensación de renovación es intensa. El mundo se reinicia con cada amanecer, también en la llanura, pero esto es especialmente cierto cuando el amanecer se contempla desde la montaña.

Descendemos a buen ritmo. Durante la bajada se levanta un fuerte viento. Recogemos las tiendas de campaña como podemos y bajamos hasta el llano. Todo es único en la montaña aunque lo haya vivido antes, incluido en cansancio en el aparcamiento mientras nos preparamos para partir hacia Quito.

He subido con bastantes profesionales a la montaña. Unos se asemejan a conductores de turistas y otros son verdaderos guías de montaña que aman su trabajo y que se preparan para facilitar que otras personas cumplan sus sueños. Agradezco que Jaime Vargas sea un auténtico guía de montaña y que busque en cada cima lo mismo que yo: una experiencia que haga crecer su espíritu.

Juan José Cabedo Torres. Madrid.